

Oye, nena, yo soy un artista

A primera hora del día, despierto aún, en la cama, uno tiende a pensar en morirse cuando todo lo que necesita es dormir. El viejo temor al sueño... Desear una plácida medianoche: Dedos juegan con pollas. Rohipnol en la mesilla... ¿lo adivináis?... El misterio de mi mirada es sueño, alergia y miopía.

De vez en cuando me levanto y escribo. La habitación donde lo hago se amolda a mí, crece y mengua según necesidad. Pero solo quepo yo. Sentarme allí es recibir música suave, un beso de despedida, contemplar el vaivén de sus caderas... sabor de olas y surf en la garganta. Sabiendo siempre que afuera ajustan sus nudos las arañas, que todo fluye hacia cenizas en el desierto, y que al final del arco iris espera una cuchilla dorada.

Pienso a veces en ti, cuando escribo, cariño. En ti, por ejemplo. Que ya no vamos más allá, porque estoy muy mal como para no ser yo en todo el día, y tu no querrás a otro. Y será lo mejor quedarnos donde estamos, lamer el rock que aún resbala por las paredes, buscar cenizas en mis ojos negros y contar cuantas aristas y destellos de vejez, cuanta penumbra... En verdad odio este estar pero no estar, el líquido cielo y mis manos de papel... ¿alguien tiene perdón?... Présteme un poco, présteme algo.

Sería hoy una mañana bonita para una excursión a la montaña. Hará sol y nada de frío. Podría conducir sin descanso por una de esas carreteras sinuosas, cuyo asfalto se desgrana como yo y como todo, carreteras vivas, en las antípodas del burócrata mercedes lanzado a doscientos por la autopista, sin peligro y sin historias. Me gusta conducir despierto. Invadir sin riesgo el carril contrario, para negociar una curva. Carreteras imprevisibles como una novela, para leer despacio.

Son la línea discontinua del libre albedrío y del silencio administrativo. Sexo, drogas, prosa y rock.

Pero ya se sabe que nunca me muevo. Que seguiré aquí si no me arrancas. Sentado y escribiendo, perdiendo el tiempo, cultivando el desapego... lo que deba suceder sucederá siempre de todos modos, y ni puedo yo hacer nada ni me molesto en intentarlo... Así es como vivo. Sentado hasta que llegas con la policía y las balas de goma y me tiras de la silla, y me quedo aturdido, incrédulo porque son ya las ocho y debo atender a tantas cosas... no puedo creerme las ficciones que no escribo. Soy mi propio personaje, ilusión de autodomínio...

"Aunque seas paranoico, ellos vienen a por ti"... decía aquél, y torcía el gesto...

Si pudiera esperar solo cinco minutos para empezar a escribir tal vez no lo haría. Uno puede perder la cabeza en cinco minutos. Todas las desgracias pueden al tiempo reclamarlo... Si pudiera sólo despertar a Cristina antes de sentarme, tened por seguro que no dejaría de hacerlo. Pero no puedo. Todo está luego.

Una mesa necesito. Papel. Una ventana. Ni siquiera alguien que duerma aquí al lado. Esto, como todo, sucede desde y para siempre. Solo yo, sentado, peleando con una ecuación no resuelta. Yo soy todo, todo es nada. Cero es cero. Esta sería la ecuación, pero me resisto.

Aunque... seamos claros. La mayor parte del tiempo me aborrezco. En tanto que centro de toda esta farsa me aborrezco. Porque soy el agujero que desagua la bañera del suicida, porque soy capaz de expandirme y contraerme a voluntad, porque quiero dejar de ser protagonista, matar al sustantivo... un numeral me

bastaría, como a tantos, en el estrato más bajo de una escala de dos rangos. Porque entre el sí y el no, mil veces no.

Y esta puta seguridad me está matando. Este saber y saber siempre que aunque todo esto es para mí, soy prescindible. Que nada cambio con quedarme o con marchar. Que daría lo mismo si tuviera una cerilla capaz de quemar el mundo, porque siendo de este mundo la cerilla, y yo también, todo ardería porque así debía ser.

Aun así sufro por mí, y de mí me ocupo. Y me importa una mierda el resto. Una mierda tú, mi dulce amor. Una mierda mis amigos. Saber o no saber, tener o no, callar o ahogarse hablando... Los platos pueden seguir en el fregadero y el bebé dormir hasta olvidarse de que pudo estar despierto. Las venas de todas las niñas dulces y de los adolescentes despechados pueden seguir desbordando sumideros.

Toda la sabiduría del mundo es pura maldición. El buen salvaje es un perro muerto. Las brujas flotan y se hunden. Sus cabellos dorados embozaron mi bañera. Los verdugos y los voltios. Nada somos más que metáforas en un testamento. Carne que arde o se ahoga. Alimento y desperdicio por los siglos de los siglos. Amén.

Aún así sufro por todo. De todo me ocupo. Dejaría de esperar si me llamaras una sola vez con las palabras justas, dulce amor. Necesito voces cercanas, necesito amigos, necesito que todo se defina en torno a mí, a favor o en contra mío. Necesito acunar a mi bebé para saber que sigue vivo. No puedo pasar sin reposo, calor, cuchillos y linimento. No puedes pasar frente a mí y quedar yo feliz, si sé que sufres.

Siempre me sentí estúpido, lanzando quejidos y promesas, abortos de todo lo que nunca abrazará el lenguaje. Me desprecio por ello. Contemplo mis historietas y

mis personajes. Me río al verles sufrir, tan pueriles, tan fetos, larvas repugnantes, crisálidas sin futuro ni retorno... ¿cómo puede ser eso algo vivido, siquiera en la imaginación? ¿Cómo una y otra vez puedo caer en tal engaño? Mil veces mejor es callar, esa es mi decisión firme y traicionada... ¿Y mi sorpresa? La infinita sorpresa de ver a quienes se acercan y las toman, y saludan... Infinita sorpresa, farsa de sorpresa, pues supongo que no es otra mi intención. Recibir adulación y creermme más que un necio algún momento.

Literatura... "vivo sin vivir en mí", "late, por favor, y échame afuera", "el principio y el fin son dos señales idénticas unidas por una sospecha de tiempo"...

Necesitamos sufrir por algo a cuya pérdida sobrevivamos. Algo capaz de sobrevivirnos.

"Eres mi vida", "no me falta ya nada", "lo he perdido todo", son lugares comunes... no podemos pasarnos sin esto, sin aquello... nos atamos y nos creemos los nudos... Y es dramático sobrevivirle a un hijo, romper la pareja, perder una guerra, la fe, el talento... Todo el sufrimiento que en ello volcamos revierte entonces en su auténtico objeto. Lo que fue soportable ya no lo es. Nos derrumbamos hasta encontrar sustituto, una y otra vez, hasta no poder más.

Es terrible no desear nada, no querer nada. Uno que se basta a sí mismo o que no pueda mentirse está condenado al colapso. Sufrir por uno mismo es apostar por un caballo muerto, todo se pierde. Con blancas o negras el final es mate de tierra y madera. Lo único que hacemos desde el primer llanto es cumplir con la última voluntad de condenado. Nada mejor esperamos que marchar tras una hermosa pelea, una función bien llevada, un gesto feroz.

Dimisión. Después de todo es lo que somos. Himnos. Metáforas engendrando metáforas. Aburridas criaturas sin vigor. Pasión apenas para morir. Ni siquiera desdén tras descubrir el engaño, comprendida la trampa. Y eso que entonces ya no hacen falta cojones, no hace falta estar loco, ni triste siquiera para sentarse y despreciar. La depresión es el sentido de realidad necesario para renegar del entorno y abandonar la escena, para reírse de todo hasta explotar si no fuera la verdad tan triste, si el placer tuviera lugar todavía. La vida de cada uno es un réquiem. Nada hay para ofrecer sino distracción y sentimiento. Y al final indiferencia.

La vida la pasamos cavando en nuestras propias entrañas. Buscando oro, soltando lastre. Procurándonos refugio y distracción. Ahuecar, desechar, renunciar. Me gusta pensar que la senilidad es la renuncia perfecta que se anula a si misma. El producto de cavar hasta quedar en enfermedad y pellejo, vacío y olvido.

A estas horas Cristina está despierta. Es un plácido domingo por la mañana. Escribo. Estoy cansado y tranquilo. Tengo y deseo. Sufro, gozo, hago sufrir, gozar. He llenado mi tiempo de cosas capaces de sobrevivirme. Cosas a las que sobrevivir. Supongo que me gusta la vida que tengo.

Hace tiempo conocí una chica hermosa que vivía asustada. Me mostró una noche el techo de su habitación. Guió mi mano en busca de orificios ideados para espiar y envenenarla. Le dije que no encontraba nada. Enfureció. Me defendí como pude. Horas después sus sueños los velaban el haloperidol y las túnicas blancas. Yo también creo mis historias, pero no sé vivirlas.

Y no somos distintos. En absoluto. Aunque la locura asuste y aparentemente nos falsea. Puede uno creer que tomar un loco como ejemplo es mortal para los monstruos de la razón y su vigilia. Pero no es así. Locura y cordura constan de los

mismos elementos. Realidades planas. Acto y control. La misma vibración monocorde y los mismos cotos vedados, salvo incursiones temerosas en el sueño, el dolor, el orgasmo.

Ahora me muevo ya solo gracias a mis taras. Ellas me sostienen y me mueven. Pereza y neurosis, falsedad y renuncia. Me desgrano en mis palabras y me complace, soy barato, transparente, incapaz de sorprender, ansioso ya solo por exasperar... A los bufones, hoy y siempre, se nos dio en llamar creativos, locos, lúcidos... Yo los desprecio, por fantoches y por esquivos.

A pesar de todo sé que la trampa está en lo razonable, que nadie debiera escucharlo. Dotados como estamos de estómago y de glándulas la vía recta debiera ser decapitarse, la elegancia vegetal del catatónico. Y al barro con las palabras y los héroes, hipotecas y ocho horas, al barro todo el amor que no retuve... de cabeza, al barro de cabeza y yo con ello, con todas mis exhibiciones huecas, y detrás, los de mi especie. Las opiniones de un escritor no debieran contar más que las de un loco, y viceversa.

En este juego, yo soy el gato y no hay ratón. Tras cada palabra solo hay otra y tras cada verdad un tramoyista satisfecho. Pégale pues una patada a mis papeles y préndeles fuego. Quémame los libros. Fingiré que ya no miro, que no me hace falta nada de esto. Olvidaré el camino andado, mi vida entera un palimpsesto.

Y mañana será lunes. Marcharé temprano, ya en la solapa el hastío y los sinsabores de fábrica y almacén. El sol aparecerá sobre el mar como una úlcera en el día perfecto, y a su luz ya no seré digno de pena. Tan minúsculo como carne, sudor, esfuerzos. Promesa de gusanos devorando al animal en la cuneta. Se llevará el bebé a donde su madre, nos veremos por la noche apenas.

(Por supuesto todo lo que diga puede no ser cierto. Ella no está ni dormida ni despierta. El bebé acaso no existe. Todo puede ser una imagen secundaria, o ni siquiera eso. Puede que sea yo el ficticio, y alguien me haya escrito para hablar de él, por él. Entonces estoy solo sufriendo como reflejo de otro dolor, o como un ensayo de sí mismo fuera de sí. Sea como sea el engaño me sobrevive.)

Lo que no entiendas todavía, todos esos gestos y sonidos, son piedras lanzadas para salvar la corriente. Saltos y caídas para alcanzar otro lugar idéntico y a salvo entre el bullicio de pistones y plantas embotelladoras, teléfonos y cuantotequero, crujir de faxes y mentiras parpadeando en pantallas de tv o de pc.

Y así, conduciendo a bandazos en uno y en sus horas, pasa el día y llega la noche. Miraré la tele con dolor de cabeza, calentaré la cena en el microondas, lamentaré haber pasado el día escribiendo, porque te estás volviendo un pijo, juanito, que ya te lo decía. Todo esperando reposo y en las sabanas olores que no son míos, y lamer sudor y saber que es divertido, y ese leve ardor ahí al correrme.